

# TIEMPOS EN CONFLICTO, SOCIEDADES INSOSTENIBLES, DIÁLOGOS NECESARIOS

## *TIMES IN CONFLICT, UNSUSTAINABLE SOCIETIES, NEEDED DIALOGUE*

---

Cristina Carrasco<sup>1</sup>

Universidad de Barcelona

*Fecha de recepción: 12 de septiembre*

*Fecha de aceptación en su versión final: 7 de diciembre*

### **Resumen**

En este artículo se plantea la necesidad de diálogo entre distintas economías críticas que están por la sostenibilidad de la vida, con el objetivo de ir conformando un entramado de relaciones y un aparato conceptual que posibiliten acciones y políticas para lo que se ha denominado "la gran transición". La reflexión se realiza a través del análisis de los tiempos en tres espacios fundamentales: producción capitalista, espacio del cuidado y ámbito de la naturaleza. Finalmente, se plantean algunos aspectos a considerar para ir hacia tiempos más respetuosos con la naturaleza y que permitan mejores vidas a la población.

**Palabras clave:** *Tiempos, sostenibilidad, cuidados*

### **Abstract**

This article raises the need for dialogue between different critical economies that are for the sustainability of life, with the aim of constructing a network of relationships and a conceptual framework that allow for actions and policies for what has been called "the great transition". Reflection is made through the analysis of time in three key areas: capitalist production, care and nature. Finally, it raises some issues to consider more respectful nature time and times that allow people better lives.

**Key words:** *Time, sustainability, care*

---

<sup>1</sup> cristinacarrasco@ub.edu

## INTRODUCCIÓN<sup>2</sup>

### Sostenibilidad y dimensión temporal

La insostenibilidad de nuestras sociedades capitalistas industrializadas ha sido abordada en las últimas décadas desde distintas perspectivas, en particular, desde la economía ecológica, la economía feminista y la economía política. Sin embargo, solo en los últimos años ha habido intentos de acercamiento teórico, conceptual y metodológico entre estas perspectivas. Durante tiempo –y aun compartiendo un objetivo común: la primacía de la vida– dichos enfoques han mantenido caminos paralelos con escasas relaciones entre ellos. Seguramente por intentos de construir primero un cuerpo propio; pero también por establecer prioridades o problemáticas diferentes, con distintos grados de relevancia. Actualmente, cada vez más, existe la percepción de la necesidad y la voluntad de establecer diálogos entre las distintas perspectivas para ir conformando un entramado de relaciones y un aparato conceptual que posibiliten acciones y políticas para lo que se ha denominado "la gran transición". Situación que no es ajena a las crisis brutales que hemos vivido en los últimos años: económica-financiera, ecológica y de cuidados; en breve, una crisis global que ha mostrado tanto las limitaciones como las perversiones del sistema, que ha puesto en evidencia la imposibilidad estructural del modelo de acumulación capitalista para dar respuesta a las necesidades vitales de las personas.

Como es sabido, el concepto de sostenibilidad de la vida no es de fácil definición por las múltiples dimensiones que incorpora. Fundamentalmente, implica las posibilidades de una sociedad de reproducirse manteniendo como objetivo fundamental una vida digna<sup>3</sup> y satisfactoria para toda la población (universal). Da cuenta de las múltiples interdependencias e interrelaciones entre lo ecológico, lo económico, lo social y lo humano, planteando como prioridad, como objetivo fundamental, las condiciones de vida de las personas, mujeres y hombres, incluyendo la satisfacción de las necesidades de cuidados. Es un concepto dinámico donde importa tanto el análisis del conflicto como el del posible cambio, en definitiva, una reflexión teórica que se desplaza hacia una apuesta política, que colabore en la transformación de las relaciones de poder: capitalistas, patriarcales, de etnia, etc. Se trataría, por tanto, de conformar una sostenibilidad multidimensional entre los distintos ámbitos, siendo cada uno de ellos sostenible en interdependencia con los demás. No es, por tanto, un intento de "equilibrio" entre los distintos espacios, que sería la mirada particular de quienes tienen el poder; sino de cambiar el paradigma, de girar la mirada.

La complejidad del asunto, exige ir analizando temáticas específicas que guarden relación con distintos ámbitos para estudiar el enfoque, la conceptualización y las propuestas de las distintas perspectivas; todo ello con el objeto de visualizar los problemas, confrontarlos desde una reflexión teórica y una experiencia aplicada y desentrañar los mecanismos de poder presentes y cómo afectan en la temática estudiada.

En esta línea de análisis, he optado por un tema absolutamente transversal que afecta al medioambiente, a todos los ámbitos de la organización social y económica y es determinante tanto para los procesos de reproducción como para el bienestar (o malestar) de las personas en su vida cotidiana. Me refiero al tiempo, a los tiempos, a su gestión y organización, a la relación tiempo-poder, al control del tiempo, a los tiempos necesarios de reproducción, a la percepción que tenemos de él como elemento escaso, a las desigualdades que establecen los horarios y los calendarios, etc. etc. El tiempo es un aspecto entre otros múltiples a considerar en una sociedad en transición. Uno de los mayores desafíos de las

<sup>2</sup> Este artículo sigue la línea temática de otros anteriores. Básicamente Carrasco y Recio (2014), Carrasco (2016a y 2016b).

<sup>3</sup> Actualmente se utilizan los términos buen vivir, vida digna, vida vivible u otros que, aunque con algunas diferencias entre ellos, fundamentalmente tienen un significado semejante. En este artículo los utilizaré sin entrar en sus especificidades y lo entenderé como un camino necesario de ir construyendo colectivamente nuevas formas de vida, una búsqueda de alternativas a través del debate teórico político y del análisis de experiencias. Una nueva economía que descentre los mercados y que considere la parte emocional de las personas y no solo su parte racional, que valore los tiempos subjetivos y no solo los susceptibles de cuantificación.

transiciones se encuentra en superar aquellos patrones culturales asumidos por la mayoría de la población y considerados generalmente como los únicos posibles. En nuestro caso particular, se trataría de cuestionar la noción cuantitativa del tiempo y mostrar la importancia de otras dimensiones del tiempo de difícil cuantificación, como son las subjetivas o las naturales.

Para iniciar la reflexión consideraré tres ámbitos relevantes -aunque no los únicos- para el sostén de la vida: el ámbito de la naturaleza, el del cuidado y el de producción extra doméstica<sup>4</sup>. Los tiempos que rigen cada uno de ellos no solo son diferentes, sino que actualmente presentan una relación conflictiva respecto a su organización y sincronización. En el ámbito relacionado con la producción extra doméstica, en un sistema de relaciones capitalistas, se trata de un tiempo reloj que exige velocidad para ser más productivo, es un tiempo dinero, un tiempo cuantitativo que, en la forma actual de organización social, condiciona, obliga y determina el resto de los tiempos. Los tiempos ecológicos tienen su propio ritmo; ritmos que debieran ser absolutamente respetados y no violentados como sucede actualmente donde el crecimiento se consigue en base a ampliar el abanico de recursos naturales apropiados y acelerar los ritmos de su explotación o extracción. Finalmente, los tiempos de cuidados son tiempos de relación, imposibles de cronometrar por medio del reloj, la velocidad no es un valor sino lo contrario, reduce la calidad del cuidado y de la relación.

En definitiva, el desafío es cómo trascender la perspectiva del tiempo desde la óptica capitalista patriarcal (objetivo el capital) y desarrollar una mirada desde la sostenibilidad (objetivo la vida). No se trata entonces, como es habitual, de analizar el mercado de trabajo asalariado y después el tema "de las mujeres" y de la conciliación de los tiempos; sino de cambiar la mirada y analizar todo el sistema en conjunto situando la vida de las personas como elemento central; con el propósito de ir construyendo una sociedad más igualitaria tanto en el plano social como ecológico, ámbitos que van necesariamente unidos.

El artículo se desarrolla en tres partes. La primera, esta introducción, continúa con una breve reflexión sobre el significado del tiempo en las distintas sociedades. La segunda parte, comprende tres apartados que corresponden a la conceptualización y gestión del tiempo en cada uno de los tres ámbitos considerados: producción capitalista, espacio del cuidado y ámbito de la naturaleza. A partir de la reflexión desarrollada en esta segunda parte, se intenta en la tercera, ofrecer algunas pistas para ir hacia tiempos más respetuosos con la naturaleza y que permitan mejores vidas a la población.

### **Del tiempo natural al tiempo reloj**

A pesar de que el tiempo es un aspecto central en nuestra vida personal y social, no es fácil encontrar una buena definición para el concepto. Como sostiene Adam (2004), la dificultad radica en que el tiempo constituye una parte invisible de nuestras vidas, no es sensible a nuestros sentidos, no lo podemos ver, ni tocar, ni oír, ni palpar, ni oler. Sin embargo, lo experimentamos, lo vivimos y tenemos conciencia de él. Sabemos del tiempo en el pasar de los años, en el envejecimiento del cuerpo, en la planificación de nuestra vida cotidiana, en nuestra historia familiar.

Las ideas sobre el tiempo no son innatas, ni se aprenden de modo automático, más bien son construcciones intelectuales resultantes de la experiencia y de la acción (Whitrow 1990: 18). Son resultado de una construcción social establecida por la cultura y el sistema productivo; como señala Elias (1989), el reloj y el calendario son convenciones humanas. Así, las personas como las organizaciones asumen una amplia variedad de conceptos de tiempo y viven con ellos como si fuesen coherentes, como por ejemplo, tiempo medido en horas y tiempo de la naturaleza.

<sup>4</sup> Denomino producción extra doméstica a aquella que tiene lugar fuera de los hogares. Actualmente se trata de una producción que funciona mayoritariamente con reglas capitalistas. Pero también existen otras formas más cooperativas, actualmente poco generalizadas pero que pueden ser un embrión de formas más solidarias y humanas de producción.

Históricamente, las distintas sociedades han construido nociones muy específicas del tiempo de acuerdo a los conocimientos del momento, las formas de producir, los hábitos de vida, etc.; que han estado condicionados y, a la vez, han determinado unas particulares relaciones sociales. El tiempo se ha desplazado desde un pensamiento abstracto a la producción social y a la creación de tradiciones y prácticas institucionales. "Las prácticas culturales crean el tiempo social y, simultáneamente, las personas en su relación con el tiempo crean cultura y estructuran su vida social" (Adam 2004: 71). El desarrollo de la cultura humana, sus formas de vida y sus prácticas cotidianas están totalmente ligadas a tradiciones e instituciones fuertemente relacionadas con el tiempo. De hecho, hay tiempos establecidos por la propia naturaleza con escasas posibilidades de modificación, como son los ciclos de reproducción de seres vivos o los ciclos de los planetas. Pero, aunque sobre estos tiempos tenemos escaso margen de actuación, nuestras costumbres respecto a los ciclos naturales se han modificado, por ejemplo, los tiempos de trabajo cambiaron cuando se comenzaron a utilizar energías fósiles para el alumbrado.

En las sociedades cazadoras recolectoras, la noción de tiempo venía establecida tanto por algunos fenómenos naturales como el día y la noche como por los ritmos biológicos de reproducción de los animales cazados o los frutos recolectados. Posteriormente, la identificación de la duración de un hecho o proceso se realizó a través de fenómenos naturales (ajenos a la voluntad humana) que se repitiesen con características análogas, como los movimientos de algunos astros. Al considerar intervalos de tiempo más cortos, algunos pueblos primitivos emplearon intervalos fisiológicos como el parpadeo de los ojos o intervalos ocupacionales referidos a algún proceso conocido cotidiano y repetido, como el tiempo de cocción de una cantidad específica de arroz. En civilizaciones más desarrolladas ya se encuentran relaciones establecidas entre acontecimientos sociales y naturales<sup>5</sup>.

En las sociedades campesinas las personas organizaban su tiempo social ajustado a los mecanismos naturales, integrando de alguna manera sus vidas a dichos ritmos. No se realizaba una sola tarea durante un tiempo largo consecutivo (Mumford 1945, Thompson 1995). Por el contrario, las personas combinaban distintos tipos de tareas dependiendo de las condiciones del medio o de las necesidades que imponían los propios trabajos. Lo que Thompson (1995: 401) ha denominado "orientación al quehacer", es decir, una forma de trabajo determinada por las tareas y no por el reloj, lo cual otorgaba al trabajador una mayor disponibilidad y control de su tiempo, es decir, una mayor calidad de vida en relación a la gestión del tiempo<sup>6</sup>.

La construcción y la percepción del tiempo sufren cambios notables entre los años 1300 y 1650 en la cultura de la Europa Occidental (Mumford 1945, Elias 1989, De Grazia 1994, Thompson 1995) siendo determinante la invención de la máquina. El sentido del tiempo se acelera y la velocidad pasa a ser un aspecto central. Pero para que las personas se acostumbraran a trabajar al ritmo de la máquina fue necesaria una fuerte disciplina. La resistencia que desarrollaron mujeres y hombres a las nuevas formas de trabajo se debió fundamentalmente a que los ritmos humanos no se corresponden con los tiempos homogéneos de la máquina. Las personas tienen ritmos temporales variables dependiendo de factores fisiológicos, sociales, psicológicos. Los efectos de trabajar al ritmo de la máquina fueron múltiples: los ritmos de trabajo dejan de estar guiados por la naturaleza y pasan a controlarse por el reloj; las personas quedan restringidas a un lugar y a un tiempo; el ritmo de trabajo es continuo, no se puede detener; es imposible intercalar tiempos de ocio, con lo cual se elimina gran parte de las relaciones sociales durante el tiempo de trabajo. Como resultado, se establece una disciplina del tiempo ajena a la tradición del mundo

---

<sup>5</sup> Por ejemplo, en el antiguo Egipto, la coronación de un nuevo faraón se hacía coincidir habitualmente con la crecida del Nilo a comienzos del verano o con la retirada de las aguas en otoño, momentos en que se iniciaba un nuevo ciclo de la naturaleza y se consideraba propicio para iniciar el reinado (Whitrow 1990).

<sup>6</sup> No se pretende idealizar el tiempo pre-industrial, sino sencillamente plantear que, en el ámbito rural, la posibilidad de gestionar el propio tiempo, puede ofrecer mejores condiciones de vida, sin pretender realizar una comparación global de las formas de vida en los distintos momentos históricos.

rural. Las largas jornadas de trabajo, en un determinado lugar y sin tiempo para la vida social, minan el mundo de las relaciones y el espacio para la vida cotidiana compartida.

Para establecer estas nuevas formas y ritmos de trabajo continuos, el capitalismo necesitaba disciplinar la fuerza de trabajo. En este proceso fue decisiva la participación del puritanismo y de la institución escolar (De Grazia 1994, Thompson 1995, Damián 2014). Los moralistas arremetieron contra la pérdida de tiempo, el ocio, los deportes, la celebración de fiestas populares y la costumbre del "san lunes" (costumbre generalizada en los oficios de no trabajar el día lunes). La idea de "el tiempo es oro" es de la época.

A diferencia de sus antecesores, los trabajadores se convertirán ahora en esclavos del reloj, no se puede perder tiempo<sup>7</sup>. Esta razón lleva a Mumford (1945: 31) a sostener que "el reloj, no la máquina de vapor, es la máquina clave de la moderna edad industrial." Aunque posiblemente, el problema más relevante de la aparición de la máquina no fue la máquina en sí misma, sino la utilización que hizo de ella la industria naciente. Fue utilizada no para aumentar el bienestar social sino para acrecentar la ganancia privada; no para dejar de realizar trabajos duros ni para ganar tiempo de ocio de la mayoría de la población sino para utilizar el ahorro de tiempo de la máquina en beneficio de unos pocos<sup>8</sup>. Durante la industrialización el reloj fue utilizado como mecanismo de control: si solo el patrón lo poseía, este tenía un cierto manejo de las horas, pudiendo atrasarlo al fin de la jornada para que la gente trabajara un tiempo extra. Así, se controlaban las horas de entrada, salida, comidas, etc<sup>9</sup>. En definitiva, el progreso técnico, en lugar de liberar a la humanidad de la carga de trabajo, agudizó las condiciones de explotación (Thompson 1995, Damián 2014).

El resultado fue que se formaron nuevos hábitos de trabajo imponiéndose la nueva disciplina de tiempo, que lentamente fue asumida por los trabajadores. En palabras de Thompson (1995: 437): "Los patronos enseñaron a la primera generación de obreros industriales la importancia del tiempo; la segunda generación formó comités de jornada corta en el movimiento por las diez horas; la tercera hizo huelgas para conseguir horas extra y jornada y media. Habían aceptado las categorías de sus patronos y aprendido a luchar con ellas. Habían aprendido la lección de que el tiempo es oro demasiado bien".

En este contexto es pertinente señalar que, sobre todo, las formas de determinación del tiempo han estado ligadas a las estructuras de poder (Harvey 1994), lo cual muestra las enormes dificultades para transformarlas ya que implica cuestionar la estructura social que las originó.

## **TIEMPOS EN CONFLICTO**

### **El tiempo reloj: control y explotación**

Al proceso de desarrollo de una nueva disciplina del tiempo no fue ajena la utilización del reloj como elemento de control. Cuando el movimiento de la tierra alrededor del sol dio origen a nuestro "año" y la rotación de la tierra originó nuestro "día", de forma totalmente convencional, el tiempo se midió con el reloj y el día se dividió en horas, minutos y segundos (Whitrow 1990). El reloj "disoció el tiempo de los acontecimientos humanos, y contribuyó a fomentar la creencia en un mundo independiente, de secuencias matemáticamente mensurables" (Mumford 1945: 51). Así, el tiempo-reloj ha hecho que

<sup>7</sup> Actualmente la mayoría de las personas estamos sometidas a la tiranía del tiempo, continuamente estamos consultando el reloj. Cada vez más nos vemos obligados/as a relacionar nuestra experiencia personal del tiempo a la escala del tiempo determinada por el reloj y el calendario. Hasta las funciones orgánicas están regidas por el reloj y no por la necesidad: se come a una hora y no cuando se tiene apetito (Mumford 1945, Whitrow 1990).

<sup>8</sup> Diversos autores, analizando distintos periodos, muestran que nunca el incremento de productividad se ha traducido en una reducción proporcional del tiempo de trabajo (Damián 2014).

<sup>9</sup> Mumford (1945) explica que muchos patronos robaban el tiempo de los trabajadores haciendo sonar el silbato de la fábrica un cuarto de hora antes de la hora de inicio de la jornada o adelantando las agujas del reloj durante el almuerzo.

los fenómenos naturales (día, noche, estaciones, etc.) aparezcan como independientes de la actividad humana y la organización social. Además, el reloj mecánico podía funcionar de manera continua y uniforme durante mucho tiempo, lo cual fortaleció la creencia de la continuidad y homogeneidad del tiempo<sup>10</sup>. La experiencia actual del tiempo como flujo uniforme ha sido posible precisamente en razón del desarrollo de estas regulaciones temporales. Pero los relojes no son el tiempo, sino una forma de representarlo. Una construcción social que en la cultura occidental se percibe como algo natural al identificarlo a su medición cronometrable.

Este tiempo reloj presenta una serie de características –es homogéneo, invariable, cuantificable y opera fuera del contexto- esto permite que sea mercantilizado y, por tanto, calculado y controlado, estructurado y regulado, asignado y gestionado, transformado en dinero y explotado, lo cual –en nuestras sociedades capitalistas- representará una fuente importante en la obtención de beneficio (Adam 2004). El tiempo reloj puede ser utilizado como valor de cambio abstracto, separado del contexto y de los acontecimientos<sup>11</sup>. Solo como unidad estandarizada abstracta puede convertirse en medio de cambio y en valor neutro para el cálculo de la eficiencia y el beneficio, convirtiéndose así en una variable económica susceptible de ser asignada, gastada o ahorrada (Adam 2004: 39)<sup>12</sup>. Ser fuente de beneficio, exigirá mayor rapidez, velocidad y ritmo, para ser en términos de la economía dominante más "eficiente". "Estas dinámicas llevan a una sociedad incesante: los tiempos de producción y venta ya no tienen límites, las máquinas funcionan a todas horas para rentabilizar el capital invertido, los comercios expanden sus horarios para captar más clientela" (Martín y Prieto 2015: 11). Desde esta perspectiva, todo tiempo no mercantilizable, es decir, no transformable en dinero, sería "tiempo perdido".

Desde la economía dominante, el tiempo se define como un "recurso escaso", que debe ser asignado eficientemente considerando costes y preferencias personales. Pero, dicha supuesta eficiencia económica –que aparece ligada a todo un conjunto de procesos de racionalización y de intentos de control del tiempo- ha sido un tema muy discutido desde otras perspectivas. Por ejemplo, Naredo (2013) –desde una perspectiva ecologista y social- expresa que si impera la dimensión monetaria, es decir, el tiempo-dinero, se desatienden las dimensiones físicas y sociales vinculadas al proceso económico, como el mayor gasto energético por el "tiempo ahorrado". O, desde la perspectiva feminista, el uso y gestión del tiempo no se centra en una supuesta eficiencia económica, sino en las necesidades de cuidados de las personas. Además, plantear que la asignación del tiempo se resuelve a través de una mera elección personal entre las cantidades dedicadas a trabajo mercantil y ocio (como hacen los modelos simples del análisis del mercado laboral) o introduciendo la diferencia entre trabajo mercantil, ocio y trabajo doméstico<sup>13</sup>, es sencillamente aceptar acríticamente los roles sociales de mujeres y hombres. Por último, afirmar que el tiempo no utilizado en la producción representa pérdida de dinero no sería en ningún caso válido para el tiempo no susceptible de mercantilización. Por ejemplo, el tiempo de personas ancianas y/o enfermas, el tiempo de personas con alguna minusvalía que le impida incorporarse en los procesos de trabajo industrializados, o el tiempo de personas que podrían ser activas pero por alguna razón socioeconómica han sido excluidas social y/o laboralmente: mendigos, presos o personas jubiladas. Todas ellas no tienden a ser interpretadas como creadoras de riqueza económica, aunque puede que realicen un trabajo denominado "improductivo". Diríamos, en general, algo así como el tiempo de aquellas personas "cuyos activos no tienen valor de mercado". Es decir, personas que pueden tener "activos" como la "producción de generosidad o afecto" que

<sup>10</sup> Sin embargo, aunque el reloj los homogenice, no todos los tiempos son iguales. Por ejemplo, los tiempos de la juventud, de las personas jubiladas, o de las personas presas, distan mucho de ser iguales. O, los tiempos de cuidados y los tiempos mercantilizados difícilmente pueden considerarse homogéneos.

<sup>11</sup> Aunque Marx no desarrolló una teoría específica sobre el tiempo, este está presente en su estudio de las mercancías, la teoría del valor, el tiempo socialmente necesario, el tiempo de trabajo, etc.

<sup>12</sup> Adam (2004) lo denomina "economía del tiempo".

<sup>13</sup> Mincer (1962) es el primero que apunta la conjetura de que el salario, particularmente en las mujeres casadas, no sólo afecta a la distribución de tiempo entre trabajo de mercado y ocio, sino también a la distribución entre trabajo de mercado y trabajo doméstico.

al no estar valorados por el mercado, sus tiempos no son mercantilizables.

Las características del tiempo reloj, en particular, su dimensión de homogeneidad, se manifiestan en las distintas tensiones que se generan al interior de un sistema capitalista patriarcal (Harvey 1994) y que reflejan las distintas relaciones de poder. Un primer conflicto -la propia contradicción del sistema- se plantea entre empresarios y trabajadores en las luchas por la jornada laboral: ambos mantienen horizontes temporales distintos en relación al tiempo de trabajo. Un segundo tipo de conflicto, y a nuestro interés el más relevante, tiene lugar entre mujeres y hombres en el uso y percepción del tiempo, producto de nuestras sociedades patriarcales y que está en la base de fuertes desigualdades. Un tercer tipo de conflicto, originado hace algunas décadas entre economistas (no sensibles al problema ecológico) y ecologistas, guarda relación con el periodo temporal adecuado para la explotación de recursos o para tomar decisiones referidas al uso de la tierra. Finalmente, también dentro del sistema, se da un tipo de conflicto dentro de sus clases dominantes, entre el capital financiero y el capital productor industrial, en razón de que sus lógicas de tiempo son muy diferentes; muy rápida la del primero, mucho más lenta la del segundo.

Pero, a nuestro objeto, lo relevante es que el tiempo dinero mercantilizado en las sociedades capitalistas industrializadas se ha convertido en el tiempo dominante, el prioritario, el que determina el resto de la organización social; situación que hemos aceptado pasando a ser parte incuestionable de nuestra cultura. La idea de que el tiempo es dinero está tan profundamente interiorizada en nuestro modo de vida que todos los aspectos de la vida social quedan influenciados por ello. Es lo que Adam (2004: 136) denomina "el tiempo como herramienta colonizadora". Las perspectivas dominantes de las disciplinas sociales han legitimado esta concepción del tiempo invisibilizando y desvalorizando los tiempos que caen fuera del ámbito mercantil. Estos incluyen tiempos necesarios para la vida: cuidados, afectos, mantenimiento, gestión y administración doméstica, relaciones y ocio, ...que, más que tiempo medido y valorado en dinero, son tiempo vivido, con un componente difícilmente cuantificable. "La donación de tiempo aparece como opuesta a las relaciones en las que el tiempo puede ser intercambiado entre personas o por dinero, como en el caso de las relaciones de empleo" (Adam 1999: 10).

En definitiva, con el surgimiento y consolidación de las sociedades industriales capitalistas la percepción y concepción del tiempo sufrió cambios importantes. El tiempo quedó mucho más ligado a las necesidades de la producción capitalista y fue necesario controlarlo y organizarlo de acuerdo a lo que establecía el ritmo de la máquina. Aparentemente, en el sistema mercantil el tiempo es vendido "libremente", aunque la decisión y las condiciones de la venta sabemos que no son libres. Quien tiene el poder -como afirma Harvey- establece las condiciones: precio, número de horas, horarios, jornadas, etc. incluso la obligación de "venta" de tiempo de horas extraordinarias. La venta así se convierte en robo y expropiación<sup>14</sup>. Trabajamos de forma remunerada 40 o 44 horas semanales, ¿y por qué no 30 o, como dice la New Economics Foundation (2012), 21? ¿por qué hemos naturalizado las 40 horas? Más aún, actualmente, esta venta o control del tiempo se ha agudizado de tal manera que -de forma análoga a lo que sucedía en el siglo XIX- tener un empleo no significa ni salir de la pobreza ni tener una vida digna.

Las políticas neoliberales de las últimas décadas han modificado enormemente la estructura del tiempo de trabajo mercantil: jornadas a tiempo parcial (no siempre en horarios adecuados para la organización de la vida familiar), cambio de turnos, jornadas atípicas, horarios fijados por el empresario diaria o semanalmente, tiempos de trabajo concentrados según la demanda (por ejemplo, en servicios), horas extraordinarias obligatorias, etc. Situaciones que son a su vez importantes fuentes de desigualdades. Como es lógico, las personas con jornadas laborales menos intensas y horarios más regulados tendrán más posibilidades de mantener una vida social más amplia. Pero, también las diferencias en el control de los tiempos se cruzan con otros ejes de desigualdades, en particular, el de género. Así, por ejemplo,

<sup>14</sup> Esta idea de apropiación del tiempo de trabajo de otra/o conectaría con la idea de plusvalía. (Adam 2013:35-36).

personas con peores horarios y contratos más precarios serán mujeres pobres y/o inmigrantes dedicadas a servicios de limpieza y/o cuidados<sup>15</sup>. Concluyendo, no todos los tiempos laborales son iguales, pero como estos determinan actualmente el resto de los tiempos de vida, "para abordar los conflictos del tiempo es necesario tener en cuenta las diferencias de poder (...), la desigualdad y polarización social" (Martín y Prieto 2015: 15).

### **Tiempos de relación: la experiencia de las mujeres**

A pesar de que el tiempo dinero ha influido notablemente en nuestra cultura y nuestra vida social, se mantienen tiempos no susceptibles de mercantilización, no transformables en dinero y más ligados al bienestar de las personas. Son tiempos que no han sido colonizados del todo, ni en nuestro imaginario ni en nuestras vidas. Hago referencia fundamentalmente a los tiempos de relación, de cuidados, de afectos que tienen lugar en el ámbito doméstico<sup>16</sup>. El trabajo doméstico y de cuidados que se realiza desde los hogares, de hecho, guarda fuerte semejanza con la forma de trabajo precapitalista, con la orientación al quehacer: es una forma de trabajo muy irregular; comprende una multitud de tareas diversas, algunas ocupando muy poco tiempo; no necesariamente son siempre las mismas tareas ya que responden a las necesidades de las personas que conforman el hogar o la familia; no hay un horario o jornada laboral rígida, aunque cubrir las necesidades de las personas del hogar puede significar rigideces de tiempo. Y su objetivo no es la obtención de beneficio sino el estar-bien de las personas del hogar o de la familia extensa.

Estos tiempos contienen una serie de aspectos subjetivos y emocionales imposibles de evaluar solo de forma cuantitativa. Se puede hablar de un "tiempo biológico" o de un tiempo del cuerpo, que en ningún caso puede someterse a tiempos cronometrables, a tiempo reloj. Las necesidades de las personas no son las mismas a lo largo de la vida, existiendo periodos críticos de demanda de cuidados tanto por razones de edad como por razones de salud. Las necesidades emocionales, más subjetivas, se cubren con lo que podríamos denominar un "tiempo experiencia". Este es un tiempo de relación, de aprendizaje, de acompañamiento psicoafectivo; que puede manifestarse con distinta intensidad o calidad, nunca se repite ni es igual a sí mismo ya que la subjetividad le da intensidad y cualidad. No se materializa en ninguna actividad concreta, está destinado a tareas invisibles, pero que reclaman concentración y energías de la persona (Murillo 2001, Bosch et al. 2005). Un tiempo absolutamente imposible de medir con el reloj. El tiempo destinado al cuidado de las personas del hogar tiene otro contexto social y emocional que el tiempo dedicado a trabajo remunerado y satisface necesidades personales y sociales que no permiten una simple sustitución con producción de mercado. Implica relaciones afectivo/sociales difícilmente separables de la actividad misma y crea un tejido complejo de relaciones humanas sobre el cual de alguna manera se sustenta el resto de la sociedad (Schafër 1995, Himmelweit 1995, Carrasco 1998).

En el cuidado -como en otros servicios personales realizados en el mercado- pierden sentido los conceptos de velocidad, productividad o eficiencia utilizados en el ámbito mercantil, ya que un "incremento de productividad" normalmente tiene por resultado una reducción de la calidad. La imposibilidad del incremento de productividad es una de las razones -además de razones patriarcales- para que estos trabajos no estén valorados social ni económicamente<sup>17</sup>. Si se hiciera desde esta perspectiva una reflexión sobre cómo experimentamos y valoramos el tiempo, seguramente la idea social de productividad podría cambiar. Porque, ¿qué sentido tiene hablar de mayor productividad cuando se cuida, se atiende a personas mayores o se vigilan problemas de salud? La calidad de la atención no depende de producir más por hora sino, en parte importante, del tiempo de dedicación. De ahí que Tim Jackson sostiene que "una economía

<sup>15</sup> Sobre el mercado laboral, sus condiciones y precariedades, son de absoluta referencia los textos de Albert Recio. Ver por ejemplo, Recio 2002, 2012, 2014.

<sup>16</sup> A pesar de que hay trabajos domésticos y de cuidados que se han mercantilizado o han sido asumidos en parte por el sector público, nunca podrán ser del todo mercantilizables a riesgo de que la calidad o las características no sean las mismas.

<sup>17</sup> Desvalorización que se mantiene cuando se mercantilizan.



construida en base al intercambio de servicios humanos más que al supuesto rendimiento de materiales físicos sería mucho más sustentable" (citado en Coote 2013: xii).

Por tanto, los tiempos no son ni homogéneos ni intercambiables<sup>18</sup>. Hay un tiempo cuantitativo medido en unidades por el reloj o el calendario, y otro no cuantificable sujeto a los múltiples ritmos de la naturaleza y de las relaciones humanas. "El primero es de construcción relativamente reciente, el segundo precede al primero, sustentándolo, entretejiéndolo y rodeándolo" (Coote 2013: xiii). Tiempos que responden a dos lógicas distintas. Por una parte, la lógica del capital que organiza los tiempos del trabajo mercantil con el objetivo del beneficio. Y, por otra, la lógica de la vida, es decir, todos aquellos tiempos que dan sentido a una verdadera existencia humana: cuidados, relaciones, tiempos que cubren determinadas necesidades, etc. Lo difícil o, mejor dicho, lo imposible, es compaginar lógicas con objetivos tan contrarios. La heterogeneidad que presenta el tiempo dedicado a cuidados (el tiempo experiencia que acompaña al tiempo biológico) se desarrolla como un continuo acompañando la vida humana en su ciclo vital y, por tanto, no es en absoluto conciliable con el tiempo mercantil homogéneo; más bien es violentado por este último para satisfacer las necesidades del capital (Bosch et al. 2005). Más aún, la producción capitalista está continuamente violentando todo lo que signifique tiempos de vida, situación que afecta de forma mayoritaria a las mujeres y con mayor fuerza a mujeres de niveles de renta bajos que no pueden "externalizar" trabajo doméstico y de cuidados. La tensión que existe entre los distintos objetivos (tensión capital-vida), queda reflejada en la tensión de los tiempos de las mujeres, que están constantemente desplazándose de un espacio a otro intentando conciliar lo irreconciliable. En cambio, para los hombres, a pesar de que también su vida queda afectada por los tiempos reloj, su tiempo es discontinuo en el sentido que tienden a separar el tiempo de actividad laboral del tiempo dedicado al resto de las actividades; estando además liberados de la responsabilidad del cuidado. Situación que da cuenta de las relaciones patriarcales.

El patriarcado como orden social ha tenido enorme capacidad de implantar su razón ideológica siendo determinante en esta desigualdad sexo/género. Como cualquier ideología dominante requiere de mecanismos de legitimación que permitan un funcionamiento social estable. Desde que nacemos, las personas interiorizamos las normas sociales y, generalmente, actuamos de acuerdo a ellas como algo establecido. Solo vemos lo que el orden dominante nos enseña a mirar, aunque delante de nuestros ojos tengamos otras cosas diferentes. El grupo dominado reproduce el simbólico del grupo dominante, su forma de entender y mirar la realidad; por tanto, no es tarea fácil cambiar la mirada. En particular, en nuestras sociedades, nos socializamos en un discurso heteropatriarcal y lo asimilamos como el "verdadero", el que debe ser, el que nos permite vivir en el mejor de los mundos posibles, aquel que nos dice cómo son las cosas y cómo no deben ser, sin preguntarnos porqué, sin ser conscientes de ello. Como resultado, lo que es propio de la cultura masculina se acepta como universal. Y así, se van legitimando culturas, tradiciones religiosas, simbólicos masculinos, etc. que logran la naturalización del trabajo y del tiempo de las mujeres.

El orden patriarcal se va reproduciendo, manteniendo la relación desigual entre hombres y mujeres y aceptando que la lógica de los mercados es la lógica universal humana. Y que los tiempos que tienen valor son los dedicados al mercado, aunque nuestra experiencia en el cuidado nos diga lo contrario. Se acepta entonces socialmente –se ve "natural"– que el trabajo de cuidados lo realicen las mujeres, que sea un trabajo no remunerado y marginal respecto al trabajo mercantil productor de beneficios privados, y que la vulnerabilidad humana, incluyendo la de los hombres adultos, continúe siendo un asunto de responsabilidad femenina. "Es un orden lógico definido por la razón/emoción, que ha sido encarnado por hombres que solo han dado valor a lo primero (la razón) aunque no pueden prescindir de lo segundo (la emoción). ... La mayor parte de la sociedad acepta ya muchas de las *razones* a favor de la igualdad, sin que

<sup>18</sup> Las encuestas de uso del tiempo, a pesar de que nos han permitido obtener una información de la que no disponíamos, mantienen una medida cuantitativa del tiempo y, en consecuencia, los tiempos dedicados a las distintas actividades se tratan como si fuesen intercambiables.

eso parezca poner en cuestión la reproducción del orden patriarcal. Y eso es porque, en mi opinión, la clave de su reproducción no está en el nivel de las razones, sino en el de las emociones" (Hernando 2015: 84).

Ahora bien, desde el feminismo se pretende y se intenta desarticular el mundo masculino para descentrar los mercados y situar como objetivo la vida de las personas. Pero, como todo proceso de cambio social y personal, es un proceso lento. En el simbólico colectivo se mantiene presente el modelo masculino y las mujeres perciben la responsabilidad del cuidado como propia. Así, aunque el patriarcado haya naturalizado que el cuidado es tarea de mujeres y la población femenina sienta la presión social que le recuerda que ese trabajo es su obligación, no es razón suficiente para entender por qué muchas mujeres –incluidas aquellas empoderadas que han cuestionado el orden patriarcal– continúan asumiendo la responsabilidad del cuidado.

En este sentido, las ideas de Boulding (1976) pueden ayudarnos. Dicho autor analiza la importancia –y también necesidad– que mantienen las donaciones en una economía de mercado capitalista. Estas donaciones serían de dos tipos: el regalo, que surge del amor, de la benevolencia, y el tributo, que surge del temor o la coacción. La mayoría de donaciones serían mezclas imprecisas de ambas motivaciones. En el tema que nos ocupa, el tiempo dedicado a trabajo de cuidados, por una parte, estaría el amor a la persona cuidada, la preocupación por su bienestar, el valor de la relación; pero eso no excluiría que también existiera un cierto grado de coacción social –fruto del patriarcado– dirigida hacia las mujeres al presuponer que son ellas las responsables del cuidado. Situación que se traduce en un fuerte sentimiento de obligación de cuidado hacia las personas cercanas acompañado de un sentimiento de culpa si se deja de realizar o no se realiza todo lo bien que se quisiera o que se espera de ellas. Coacción o presión social que no afectaría a los hombres, ya que de acuerdo a la ideología patriarcal ellos tendrían derecho a ser cuidados sin sentirse obligados a la reciprocidad. En la economía del don no solo se considera lo que se da sin estar obligadas a ello sino también lo que se recibe; por tanto, en el caso que tratamos, se trata de un intercambio totalmente desequilibrado.

Las donaciones de las mujeres son de tiempo y trabajo gratuito, orientados a la creación y recreación de la vida cotidiana y generacional. Donaciones que implican una inagotable capacidad para repartir energías, organizar el tiempo y conciliar los múltiples aspectos de la existencia y que difícilmente pueden dar cuenta de la experiencia temporal en toda su complejidad. Donaciones de un tiempo difícilmente cuantificable, destinado muchas veces a tareas invisibles que incorporan aspectos intangibles representados por la subjetividad de la persona (Bosch et al. 2005). Donaciones, sin las cuales la vida de los hombres y de las nuevas generaciones sería insostenible. En definitiva, "más que tiempo medido y pagado, son tiempo vivido, donado y generado, con un componente difícilmente cuantificable y, por tanto, no traducible en dinero" (Adam 1999).

### **Ritmos naturales, tiempos ecológicos<sup>19</sup>**

La idea de sostenibilidad ecológica, en términos globales, hace referencia a la capacidad de la sociedad de satisfacer las necesidades de las generaciones actuales (todas, universales) sin poner en peligro la existencia de las generaciones futuras. En este primer nivel básico significa mantener una relación de ecoddependencia con la naturaleza dentro de una senda coevolutiva –siempre abierta y cambiante– que resulte perdurable en el tiempo. Las personas dependemos de la naturaleza y coevolucionamos con ella. Así, a lo largo de la historia, cada transformación social ha comportado modificaciones sustanciales en nuestra relación con la naturaleza. Pero no siempre –y de manera importante en el último siglo– se ha mantenido este equilibrio medio ambiental, y por ello el origen del concepto de sostenibilidad nace como respuesta

<sup>19</sup> En este apartado solo esbozaré la problemática fundamental en relación a los tiempos ecológicos. Para ello me baso en textos de Enric Tello, José Manuel Naredo, Jorge Reichman, Maria Mies y Anna Bosch, entre otros/as; autores/as a los/as cuales les doy autoridad y remito a los y las lectores/as para profundizar en el tema.

preventiva a la percepción de la gravedad de los desequilibrios medio ambientales y las posibilidades de una crisis ecológica con consecuencias catastróficas para la vida, particularmente, la vida humana.

Dichos desequilibrios y sus efectos catastróficos son resultado de una forma de interacción socio-metabólica con la naturaleza propia de la economía capitalista, la sociedad patriarcal y una cultura tecnológica androcéntrica que han demostrado ser ciegas, prepotentes y sumamente ignorantes ante los vínculos de dependencia que nos unen irremisiblemente al resto de la naturaleza (Carrasco y Tello 2012). Hemos producido el agotamiento de recursos renovables y no renovables por no haber respetado sus tiempos de reproducción; además, las deudas contraídas a futuro con el sistema financiero requieren de un determinado crecimiento de la producción para poder ser amortizadas, pero eso ocurre sin tener en cuenta que los recursos naturales son limitados; por tanto, más temprano que tarde se pondrá en peligro el sostén de la vida en el planeta en condiciones de humanidad.

En consecuencia, uno de los factores –no el único, por supuesto– más relevante cuando hablamos de sostenibilidad ecológica es el factor tiempo. El tiempo lineal de la historia donde los acontecimientos son irrepetibles se conjuga con tiempos circulares como el de los astros, el día y la noche, los ritmos cíclicos de las estaciones, los ritmos anuales de los animales migratorios, etc. La naturaleza tiene un ritmo de reproducción biológico, un tiempo ecológico. Los seres vivos y los recursos naturales se caracterizan por tener determinados períodos de reproducción y además, en espacios con equilibrios ecológicos. Tasas de reproducción que casi no se han modificado a lo largo del tiempo. Como expresa Mumford (1945: 360), a pesar de que se nos exige cada vez más rapidez, el embarazo continúa durando nueve meses. Si se respetaran los ritmos naturales no existirían problemas ni de "agotamiento" ni de "escasez" de los recursos renovables. Se trataría, por tanto, sencillamente de consumirlos a un ritmo inferior a su tasa de reproducción. Sin embargo, la producción industrial, con su tiempo lineal, su tiempo reloj de producción, no respeta dichos ritmos naturales. Ejemplo claro es el consumo de combustibles fósiles: se extraen a ritmo vertiginoso, aunque tardaron aproximadamente 300 millones de años en formarse. "La obsesión por la productividad es una obsesión por el tiempo: más producto en menos tiempo, y con menos trabajo humano. Muchos conflictos ecológicos se explican así: no tenemos tiempo (según el productivismo dominante) para permitirnos una agricultura sustentable, un sistema razonable de transporte..." (Reichman 2001: 108).

Como señalé anteriormente, en las sociedades precapitalistas las personas organizaban su tiempo social de acuerdo a los ritmos naturales, que venían marcados por las estaciones, el sol y la oscuridad, las lluvias o los temporales. Sin embargo, una economía capitalista, regida únicamente por el logro del máximo beneficio mercantil privado implica una estructura de toma de decisiones que se manifiesta indiferente a los temas de sostenibilidad. Los problemas ecológicos que vivimos actualmente: agotamiento de recursos, contaminaciones diversas,<sup>20</sup> etc., son ocasionados por nuestra estructura actual de producción y consumo que solo tiene en cuenta el crecimiento económico sin preocuparse de mantener una relación equilibrada con el medio ambiente, dicho en breve, un expolio de la naturaleza por parte de la producción capitalista (Carrasco y Tello 2012). A lo cual hay que sumarle –más allá de los graves problemas de desigualdad, pobreza y miseria ya existentes– las nuevas formas de empobrecimiento derivadas de la propia degradación ambiental. El capitalismo es un sistema depredador al que no le preocupan las condiciones de vida de las personas, en su afán de lucro está poniendo en peligro la vida humana y de otras especies, mantiene condiciones de trabajo inaceptables a una parte relevante de los y las trabajadores y se aprovecha del trabajo de cuidado de las mujeres para disponer de fuerza de trabajo a costes muy por debajo del real (Carrasco 2016a). "Es un sistema peligroso e inherentemente destructivo: como totalidad, es insostenible debido precisamente al conflicto entre beneficio y bienestar de la población trabajadora y

<sup>20</sup> De acuerdo con Reichman (2001: 101), "los problemas de contaminación pueden verse "como problemas de choque temporal: en el largo plazo (y si no se exceden umbrales de irreversibilidad), casi todo es biodegradable".

a la explotación del medio ambiente, con el fin de ocultar los costes reales de la producción y liberarse de las responsabilidades sociales" Picchio (2015: 306).

De aquí la urgencia de asegurar procesos económicos respetuosos de los ciclos ecológicos, que puedan mantenerse en el tiempo, sin ayuda externa y sin que se produzca la escasez de los recursos existentes; dicho en palabras de Reichman (2001: 110), apostar por "la cultura ecológica de la lentitud versus la cultura capitalista de la rapidez".

## **HACIA UN DIÁLOGO URGENTE Y NECESARIO**

En definitiva, el actual funcionamiento de nuestras sociedades patriarcales capitalistas, que en busca de su objetivo expolian a la naturaleza y al trabajo no remunerado de las mujeres, es totalmente insostenible. La maximización del beneficio privado y el buen vivir de la población tienen lógicas contrarias y ritmos y requerimientos distintos; son objetivos no reconciliables. Ahora bien, la explotación o extracción de recursos naturales y el trabajo doméstico y de cuidados que reproduce la fuerza de trabajo son los dos pilares básicos en los que se apoya el sistema económico actual. Y, aunque los quiera ignorar y los considere meras "externalidades", sin estos pilares el sistema no podría seguir subsistiendo (Carrasco 2016b). Como bien apunta Scholz (2013: 50), el modelo civilizatorio productor de mercancías tiene su condición de posibilidad en la opresión de las mujeres, en su marginalización, así como en una postergación de lo social y de la naturaleza. Es más, lo que la economía dominante denomina crecimiento económico no proviene únicamente de mejoras tecnológicas, sino de la explotación de sus bases de sustentación. Sin embargo, nuestro sistema económico ha centrado los mercados capitalistas, imponiendo al conjunto social sus lógicas, sus ritmos y sus intereses; mostrando una gran capacidad para legitimarlos y hacerlos aparecer como los propios de toda la sociedad. El resultado ha sido una sociedad, por una parte, insostenible debido al expolio cada vez mayor que se hace de la naturaleza y, por otra, fuertemente desigual en razón de relaciones patriarcales que determinan tiempos, trabajos y rentas en función del sexo/género. De ahí que Picchio (2015: 307) sostenga que el verdadero desafío consiste en identificar y desactivar las fuerzas estructurales que están en el origen de esta dinámica destructiva y alienante.

Cuando se habla de crecimiento desde la economía dominante, el bienestar se identifica de forma casi exclusiva con un aumento cuantitativo en el volumen de producción, consumo y riqueza; y, aunque se acepta la existencia de desigualdades, el crecimiento siempre favorecería a toda la población aumentando su calidad de vida y resolviendo el problema del desempleo. Sin embargo, no se tiene en cuenta que el capitalismo crea necesidades sociales -consumo de imitación- que no responden a las necesidades reales de la población; y que, de hecho, para una parte significativa de la población mundial, quedan sin cubrir. La utilización del PIB como indicador básico de la economía responde a este modelo socio-económico dominante centrado en el mercado.

Todo ello a pesar de que ya en 1974, Easterlin formulara su conocida paradoja de la felicidad, según la cual después de un determinado nivel de renta, mejorar las condiciones objetivas de las personas no produce efectos reales sobre su buen vivir, e incluso puede invertir el proceso. Esto permite entender las razones para que en sociedades industrializadas con altos niveles de renta, los niveles de felicidad no muestren diferencias relevantes con otros países de rentas más bajas (Calvo 2013). Sin embargo, desde la política y economía dominante, se continúa relacionando el crecimiento económico -que guarda relación con el tiempo reloj y la producción de mercado- con el bienestar<sup>21</sup>.

Si el fin es el crecimiento, nunca podrá ser un objetivo a conseguir una vida digna, unas condiciones o calidad de vida de las personas o la satisfacción de lo que se puede considerar necesidades básicas de la

<sup>21</sup> Existe un amplio conjunto de estudios que muestran que ante aumentos en el bienestar económico, los niveles de felicidad permanecen constantes o incluso disminuyen (Iglesias et al. 2013).

población. Para conseguir estos objetivos, el planteamiento tendría que ser exactamente el contrario, tal como sucede en algunas otras economías, como por ejemplo, en la llamada economía del cuidado. Ahí el objetivo primero es dar respuesta a las necesidades de las personas del hogar extenso, haciendo que el tipo y cantidad de trabajo se adecúe al ciclo vital, siendo más intenso si las personas del entorno cercano están en los inicios o finales del ciclo de vida.

En términos de tiempo, el funcionamiento del sistema actual está regido por los tiempos cuantitativos propios de la empresa capitalista, que condiciona y determina el resto de los tiempos, lo cual se traduce en una aceleración de los ritmos de explotación o extracción de recursos naturales y una intensificación y difícil gestión del trabajo de cuidados realizado fundamentalmente por las mujeres. Tiempo colonialista que invade, modifica y atenta contra los otros tiempos. Tiempo, cuya capacidad de ser transformado en dinero le otorga reconocimiento social. El resto de los tiempos, sin valor social, colonizados y determinados por el anterior, tienden a invisibilizarse, quedan constituidos en la sombra de la economía, de la hegemonía y del poder (Adam 1999).

Vemos entonces que una cultura de la sostenibilidad de la vida, requiere de una nueva cultura del tiempo. Preservar los ecosistemas y cuidar a las personas y las relaciones humanas exige tiempos fluidos. La sostenibilidad multidimensional es, de hecho, una nueva relación con el tiempo. Una relación con el tiempo que deje de estar determinada por los tiempos de producción capitalista, que signifique una organización de los tiempos de producción extra domésticos respetuosos con los tiempos ecológicos y con los tiempos de cuidados; una organización de los tiempos sociales que nos permitan a todas las personas, mujeres y hombres, realizar una vida cotidiana sin prisas y con tiempos dedicados al cuidado, a las relaciones y a actividades diversas.

Una transformación social de estas características representa un cambio estructural profundo. Más o menos tenemos una idea difusa de por donde debería ir la transición y sabemos de manera algo más cierta hacia dónde no queremos que vaya. Sin embargo, dado que el proceso se presenta largo y complejo, habría que ir pensando en cambios que se desarrollen dentro de las condiciones del sistema en dos sentidos: como medidas a corto plazo que den respuesta a las urgencias de grupos de población precarios, o como medidas a más largo plazo para ir creando condiciones que orienten a transformaciones más profundas, que vayan sentando las bases de un cambio sistémico. Somos conscientes de la dificultad del proceso. Sabemos de los poderes que han determinado y mantienen el sistema actual y que se opondrán fuertemente a cualquier transición en el sentido aquí planteada. Reformas ecológicas difícilmente se podrán llevar a cabo sin cambios sustanciales en la estructura de la propiedad y de las empresas, sin un cambio en las relaciones entre lo público, lo privado y lo común. Por otra parte, tampoco será de fácil transformación la dependencia que gran parte de la población mantiene con el actual modelo de vida y trabajo en relación al consumismo, el endeudamiento y el uso del tiempo; al menos la que vive en los países de capitalismo industrializado para la cual sería difícil de aceptar medidas de austeridad razonables que la llevaran a reducir determinados consumos (Recio 2012). Y, finalmente, lo que seguramente presenta la mayor dificultad de cambio es el simbólico colectivo actual señalado en páginas anteriores: las pautas patriarcales de comportamiento, absolutamente legitimadas, naturalizadas y arraigadas, que son la razón de enormes desigualdades entre mujeres y hombres.

Para comenzar a pensar sobre caminos y acciones a implementar, habría que plantear primero algunos principios básicos ineludibles sin los cuales difícilmente se llegaría a los objetivos deseados. Principios que deberían dar respuesta a las tres preguntas habituales que en conjunto definen las necesidades básicas de la población: ¿qué producir? ¿cómo producir? ¿bajo qué relaciones producir? Como primer principio se trataría de apostar por una noción de sostenibilidad de la vida donde los sistemas humanos estuviesen insertos en los sistemas naturales; producir tanto en el ámbito doméstico como en la producción extra doméstica los bienes y servicios necesarios para la población, respetando los ciclos de los recursos

naturales utilizados y sus posibles contaminaciones y/o reciclajes, lo cual se traduciría en vivir "más despacio". Un segundo principio, relacionado con el anterior, hace referencia al tipo de tecnología utilizada en la producción. En este sentido, habría que discutir a fondo el concepto de eficiencia considerando toda la cadena de producción, los recursos utilizados y el tipo de trabajo necesario; de hecho, los enormes incrementos de productividad han tenido lugar gracias a la sustitución de energía animal por energía fósil. También habría que considerar los avances actuales en productividad basados en la robotización y en el uso de Internet que han influido notablemente en el uso del tiempo y de manera diferente para mujeres y hombres. En tercer lugar, cualquier análisis, política u acción sobre los tiempos debería hacerse siempre considerando todos los ámbitos en conjunto, en particular, los que aquí estamos discutiendo, a saber, el ámbito medio ambiental, el de cuidados y el de producción extra hogar. Hemos visto cómo afecta el tiempo reloj que impone velocidad a los dos ámbitos que caen fuera de las fronteras del mercado, por tanto, es imposible actuar sobre uno de ellos sin considerar los efectos que puede tener en los demás. A nuestro interés específico, la visibilidad y el análisis del tiempo dedicado al cuidado –que tradicionalmente ha permanecido oculto- requiere de la visibilidad del proceso de reproducción completo como parte esencial de la estructura social y económica. Como cuarto principio básico está el considerar todos los ejes de desigualdad (clase, sexo/género, etnia, opción sexual,...) y a todos los y las habitantes del planeta, tanto actuales como futuras. Ello significa sostener una perspectiva igualitarista en el sentido de posibilitar a todo el mundo un mismo nivel básico de disponibilidades de tiempo, lo que supone tener en cuenta tanto el trabajo extra hogar como el trabajo de cuidados y el tiempo dedicado a actividades diversas, relacionales, formativas, de ocio, participativas, etc., de acuerdo a los intereses y especificidades de cada persona; dándoles a todas un reconocimiento y valor social (Recio 2002). Lo cual daría forma a un nuevo orden social, con nuevas relaciones en el ámbito extra doméstico y nuevas relaciones de género.

Un nuevo orden social, obligaría, por una parte, a descentrar los mercados y no permitir que el tiempo reloj se imponga al resto de los tiempos y los determine y, por otra, considerar los tiempos de los tres ámbitos en conjunto priorizando los tiempos de cuidado y de relación y los ciclos naturales. Tres tiempos –generalmente, no intercambiables- que deben determinarse y funcionar juntos para que sea posible una justicia social sostenible y en equidad. En esta discusión sobre los tiempos es importante recordar dos aspectos fundamentales. Primero, que muchas de las actividades que realizan las personas no se realizan a nivel individual sino de forma relacional, comunitaria o coordinada, por tanto, no solo es relevante el número de horas a considerar sino su distribución y la capacidad de las personas de flexibilizarlas teniendo en cuenta los condicionantes que implica la coordinación con otras personas. Y, segundo, que disponer de más tiempo libre no garantiza la asunción de responsabilidad en las tareas del hogar por parte de los hombres. En este sentido, si se quiere una ruptura con el modelo social actual, es crucial un proceso de resignificación de mujeres y hombres más allá de una sociedad patriarcal, un cambio de simbólico que conduzca a valorar socialmente las actividades de cuidados que dan sentido a la vida y que las mujeres han realizado a lo largo de la historia (Carrasco y Recio 2014).

En el campo aplicado, a lo largo de la historia han existido diversos intentos por cambiar la organización de los tiempos, aunque probablemente todos encajados dentro del funcionamiento del propio sistema. Por ejemplo, en las luchas por la reducción de la jornada laboral, los trabajadores, a partir de un cierto momento, aceptaron las normas del sistema y lucharon dentro de ellas, ciñéndose estrictamente a la reducción del número de horas de trabajo<sup>22</sup>. Algo diferente, fue posteriormente la lucha del 3·8 (8 horas para trabajar, 8 para vivir y 8 para descansar), ya que se planteaba con una mirada amplia y consideraba toda la vida del trabajador, y no solo la jornada laboral como si fuese independiente del resto de las actividades de la vida cotidiana<sup>23</sup>. Sin embargo, esta mirada era absolutamente masculina. Solo trabajadores hombres podían

<sup>22</sup> Palabras de Thompson citadas anteriormente.

<sup>23</sup> Consideración realizada por Albert Recio.

plantear que después del trabajo de mercado, el resto del tiempo era para descanso o para "vivir", sin considerar la necesidad de ningún otro trabajo. Además, historiadoras feministas nos recuerdan que en las luchas del pasado, las mujeres también tuvieron sus propias luchas vinculadas con la gestión del tiempo, organización del tiempo que en muchas ocasiones fueron contrarias a las defendidas por el movimiento obrero (masculino). Por ejemplo, las cigarreras sevillanas, no participaron en las huelgas por la jornada de ocho porque su demanda era por una jornada más flexible que les permitiera compaginar con las "labores del hogar" (Gálvez 2000). Un segundo ejemplo relevante desde una perspectiva feminista, fue el debate sobre los tiempos realizado en los años ochenta del siglo XX por las mujeres italianas que dio origen a la propuesta de ley de iniciativa popular "Las mujeres cambian los tiempos"<sup>24</sup>. Ahí, de entrada se planteaba una cuestión destacada: la diferencia entre horario -como magnitud cuantitativa, medida y establecida de la jornada, que regula una parte de la vida- y tiempo -que conlleva, por el contrario, una dimensión subjetiva personal. Hablar de tiempo en vez de horario significaba reconocer que, además del trabajo de mercado y sus formas de organización, había otros ámbitos de la vida humana a los que dar valor y fuerza. En particular, se analizaban los tiempos de las mujeres en la vida cotidiana muy distintos a los de los hombres y la angustia de tiempo de las primeras en razón de una organización social de los tiempos que no consideraba las tareas de cuidado. Se planteaba una reorganización de los tiempos sociales (laborales y de funcionamiento de la ciudad) considerando el ciclo de vida. Ahora bien, a pesar de ser un planteamiento nuevo y de alguna manera rupturista, que ha repercutido notablemente en el análisis feminista posterior sobre los trabajos, los tiempos y la organización social de la ciudad; no se cuestionó de forma clara la centralidad del tiempo de trabajo de mercado y su repercusión en el resto de los tiempos. "No distinguieron con suficiente nitidez, la fuerza, el poder y el prestigio de una lógica temporal de corte productivista, que preside de manera hegemónica la organización de las sociedades del bienestar contemporáneas" (Torns et al. 2015: 171).

Actualmente, como política de tiempos que permita avanzar hacia un nuevo orden social reduciendo los problemas ecológicos actuales, suele plantearse la reducción de la jornada laboral. Es un debate nada exento de conflictos. Primero por los empresarios, como es obvio, porque de una u otra manera verían reducir su tasa de beneficios. Pero también porque puede afectar a las personas empleadas en el mercado de distintas maneras. De manera negativa, a las personas de más bajos recursos. Por tanto, durante al menos el primer tiempo de implantación, la medida no debería afectar a las personas que están en la parte más baja de la escala laboral, es decir, una reducción de tiempo de trabajo pero sin repercusión salarial. También tendrá efectos en el consumo, lo cual llevará a reflexionar sobre el consumo necesario, tema complejo para personas de niveles de consumo medio alto. Por el lado positivo, los distintos autores señalan los efectos sobre el medio ambiente: lo más probable es que los resultados sean análogos a los que se presentan en tiempo de crisis: ralentización de la producción, menor uso energético, menor contaminación, etc.

Ahora bien, desde nuestra perspectiva, el mayor problema que presenta la medida es el enfoque del debate: se valora positivamente el mayor tiempo disponible que van a poseer las personas y los resultados favorables en el medio ambiente, sin embargo, no se descentra los mercados y habitualmente no se plantea el tema de los cuidados y del trabajo no remunerado del hogar. El texto de Coote y Franklin (2013) dedicado fundamentalmente a defender la reducción de la jornada laboral, analiza formas distintas de realizar la reducción del tiempo de trabajo: los periodos temporales necesarios, las distintas repercusiones en la huella ecológica, las distintas experiencias llevadas a cabo por algunos países, etc., todo ello interesante de debatir y reflexionar. Sin embargo, no se discute la relación entre los tiempos de trabajo de mercado y los tiempos de cuidado. Sí se afirma que la reducción de la jornada laboral permitirá transformar las relaciones

<sup>24</sup> En el número 42 de la revista *Mientras Tanto* (septiembre-octubre 1990) se publicó un conjunto de artículos referidos al tema, incluyendo el documento de la sección femenina nacional del PCI fechado en Roma el 15 de diciembre de 1989.

de género desplazándonos hacia relaciones más igualitarias, ya que representará un paso importante para que los hombres asuman el trabajo de cuidados (Bryson 2013), pero no se dice cómo se realizará dicha transformación<sup>25</sup>.

En páginas anteriores insistimos en la fuerza y arraigo de las relaciones patriarcales en nuestra sociedad, relaciones de muy difícil transformación. Comentamos cómo se ha construido un simbólico social que asocia las actividades de cuidados a lo femenino, lo cual es razón de las fuertes desigualdades de sexo/género. Los datos de las encuestas de uso del tiempo muestran que el hecho de que los hombres dispongan de más tiempo libre no implica necesariamente que lo dediquen a cuidados<sup>26</sup>. De aquí que, aun estando absolutamente de acuerdo en que el tiempo dedicado al mercado debiera reducirse, no estoy en absoluto de acuerdo en debatir el tema solo centrándonos nuevamente en la relación mercado-naturaleza, y reforzando la invisibilidad del ámbito del cuidado<sup>27</sup>.

En definitiva y para concluir, son importantes medidas como la reducción de la jornada laboral o la reorganización de los tiempos sociales. Sin embargo, insisto, cualquier medida de cambio debe discutirse considerando simultáneamente los efectos sobre los tres espacios, lo contrario sería mantener la centralidad de los mercados. Y lo más difícil en ello es pensar e implementar formas de transformar el simbólico masculino que sostiene las relaciones patriarcales.

## BIBLIOGRAFÍA

Adam, Barbara (1999). "Cuando el tiempo es dinero. Racionalidades del tiempo y desafíos a la teoría y práctica del trabajo". *Sociología del Trabajo*, 37, otoño, pp. 5-39.

Adam, Barbara (2004). *Time*. Cambridge: Polity Press

Adam, Barbara (2013). "Clock time: tyrannies and alternatives", en Coote y Franklin, op. cit. pp. 31-40.

Bosch, Anna, Cristina Carrasco y Elena Grau (2005). "Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo", en Enric Tello, *La historia cuenta*. Barcelona: Ediciones El Viejo Topo.

Boulding, Kenneth (1976). *La economía del amor y del temor*. Madrid: Alianza Editorial (v.o. 1973).

Bryson, Valerie (2013). "Time, care and gender inequalities" en Coote y Franklin, op. cit. pp. 55-68.

Calvo, Patrici (2013). "Fundamentos de la economía civil para el diseño de las organizaciones". *Revista Internacional de Organizaciones*, 10, pp. 65-84.

Carrasco, Cristina (1998). "Mujeres y economía: debates y propuestas" en Alfons Barceló, *Economía Política Radical*, Madrid: Síntesis.

Carrasco, Cristina (2016a). "Sostenibilidad de la vida y ceguera patriarcal. Una reflexión necesaria". *Atlánticas. Revista internacional de estudios feministas*, 1, 1, pp. 34-56.

Carrasco, Cristina (2016b). "La economía feminista. Un recorrido a través del concepto de reproducción". (En evaluación).

Carrasco, Cristina y Albert Recio (2014). "Del tiempo medido a los tiempos vividos", *Revista de Economía Crítica*, N 17, pp. 82-97. [www.revistaeconomicacritica.org](http://www.revistaeconomicacritica.org)

<sup>25</sup> Curiosamente –o no– el absentismo laboral está penalizado, en cambio, el absentismo masculino en trabajo de cuidados no solo no se penaliza, sino que muchas veces se valora.

<sup>26</sup> Aunque la información de las encuestas de uso del tiempo sea limitada (Carrasco 2016a), nos ha permitido observar que el paro masculino durante los primeros años de crisis, que significaba una gran disponibilidad de tiempo, solo en un pequeño porcentaje se dedicó a trabajo doméstico y de cuidados.

<sup>27</sup> A este respecto, es importante señalar que las experiencias existentes sobre cooperativas o economía social y solidaria y las reflexiones en torno a ellas, tampoco incluyen cómo se gestionan las relaciones de cuidados en conjunto con las nuevas relaciones de trabajo (ver por ejemplo el artículo de Rodríguez y Gámez, también en Carrasco 2016a).



Carrasco, Cristina y Enric Tello (2012). "Apuntes para una vida sostenible" en Maria Freixanet (coord.), *Sostenibilitats. Polítiques públiques des del feminisme i l'ecologisme*. Col·lecció Grana N° 30. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.

Coote, Anna (2013). "Introduction: A new economics of work and time", en Coote y Franklin, op. cit. pp. ix-xxiii.

Coote, Anna y Jane Franklin (ed.) (2013). *Time on our side. Why we all need a shorter working week*. London: New Economics Foundation.

Damián, Araceli (2014). *El tiempo, la dimensión olvidada en los estudios de pobreza y bienestar*. México D.F.: El Colegio de México.

De Grazia, Sebastian (1994). *Of Time, Work and Leisure*. New York: The Twentieth Century Fund, (v.o. 1962).

Elias, Norbert (1989). *Sobre el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, (v.o. 1984).

Gálvez, Lina (2000). *Compañía Arrendataria de Tabacos. Cambio Tecnológico y Empleo Femenino, 1887-1945*. Madrid: Lid Editorial.

Harvey, David (1994). "La construcción social del espacio y del tiempo. Una teoría relacional". Disponible en <http://geografiacriticaecuador.files.wordpress.com/2013/01/16-harvey.pdf>

Hernando, Almudena (2015). *Mujeres, hombres, poder*. Madrid: Traficantes de sueños.

Himmelweit, Susan (1995). "The Discovery of "Unpaid Work": The Social Consequences of the Expansion of "Work". *Feminist Economics*, 1(2), pp. 1-19.

Iglesias, Emma; Pena, José Atilano; Sánchez, José Manuel (2013). "Bienestar subjetivo, renta y bienes relacionales. Los determinantes de la felicidad en España". *Revista Internacional de Sociología*, Vol. 71, N°3, pp. 567-592.

Martín, Enrique y Carlos Prieto (2015) (coord.) *Conflictos por el tiempo. Poder, relación salarial y relaciones de género*. Madrid: CIS y Universidad Complutense de Madrid.

Mincer, Jacob (1962). "Labor Force Participation of Married Women: A Study of Labor Supply", en H. Lewis (ed.), *Aspects of Labor Economics*. NBER, Princeton University Press. pp. 63-105.

Mumford, Lewis (1945). *Técnica y civilización*. Buenos Aires: Emecé Editores, dos tomos (v.o. 1934).

Murillo, Soledad (2001): "Pacto social o negociación entre géneros en el uso del tiempo laboral" en Cristina Carrasco (ed.), *Tiempos trabajos y género*, Barcelona: Edicions Universitat de Barcelona. pp.151-164.

Naredo, José Manuel (2013). "Ideología Político-Económica dominante y claves para un nuevo paradigma". *Revista de Economía Crítica*, 16, pp. 108-143. [www.revistaeconomiacritica.org](http://www.revistaeconomiacritica.org)

New Economics Foundation (2012). *21 horas. Una semana laboral más corta para prosperar en el siglo XXI*. Barcelona: Icaria Editorial.

Picchio, Antonella (2015). "Economía feminista", en D'Alisa, Demaria y Kallis (eds.) *Decrecimiento. Vocabulario para una nueva era*. Barcelona: Icaria. pp.305-309.

Recio, Albert (2002). "La jornada laboral: una cuestión multiforme", en [Wilfredo Sanguinetti Raymond](#) y [Agustín García Laso](#) (coord.), *Sindicatos y cambios económicos y sociales*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca. pp. 161-186.

Recio, Albert (2012). "Reparto del trabajo y modelo social". *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*. N° 118, pp. 67-78.

Recio, Albert (2014). "Poner el trabajo de pie: Notas para situar la cuestión laboral en una transición ecosocialista". *Revista de Economía Crítica*, 17, pp. 98-117. [www.revistaeconomicacritica.org](http://www.revistaeconomicacritica.org)

Reichman, Jorge (2001). "Colisión de tiempos. La crisis ecológica en su dimensión temporal". *Mientras Tanto*, 82, pp. 95-115.

Schäfer, Dieter (1995). "La producción doméstica en Alemania: conceptos y planes para un sistema de contabilidad satélite", *Política y Sociedad* 19, pp. 33-44.

Scholz, Roswitha (2013). "El patriarcado productor de mercancías. Tesis sobre capitalismo y relaciones de género". *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, vol 5. pp. 44-60.

Thompson, Edward Palmer (1995). "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial", en Thompson E.P. *Costumbres en común*. Barcelona: Editorial Crítica, (v.o. 1967).

Torns, Teresa et al. (2015). "El tiempo y la ciudad: dinámicas, conflictos y propuestas" en Martín y Prieto, op cit.

Whitrow, Gerald James (1990). *El tiempo en la historia*. Barcelona: Editorial Crítica, (v.o. 1988).